

Activistas, científicas, políticas, artistas o criminales que se colaron en 100 retratos grupales reunidos por Immy Humes

La única mujer en un mar de hombres

TERESA SESÉ
Barcelona

En una imagen de 1960, la realizadora de cine de vanguardia Shirley Clarke aparece celebrando su primer largometraje. Se la ve de pie, radiante con una copa en la mano, pero es la única mujer entre los veintidós hombres del equipo que la rodean. “¿Por qué solo estaba ella? ¿Qué significaba esto?”. La documentalista neoyorquina Immy Humes se obsesionó hasta tal punto con aquella fotografía que empezó a rebuscar en revistas antiguas y archivos, y la obsesión devino en inquietud al descubrir que la fórmula –una mujer sola en un grupo de hombres– se repetía una y otra vez ya fuera en el ámbito del arte, la política, el deporte o la ciencia. “¿Qué hacían ahí?”.

“Era sorprendente la cantidad de mujeres que se habían colado en la foto, de una en una. Rara vez dos, nunca tres. Era como jugar a una versión femenina de ¿Dónde está Wally?”, describe Immy Humes en *Una sola mujer* (Phaidon), libro en el que recopila un centenar de imágenes tomadas en veinte países entre 1862 y 2020. “Al principio creí que se trataba de tokenismo, pero no era así. Un grupo que elige un token pretende demostrar que es inclusivo o fingir que acepta al otro mientras se le sigue excluyendo. Pero la mayo-



Katharine Graham, en 1975, primera mujer que formó parte de la junta directiva de The Associated Press

ría de estos grupos de hombres aún no habían recibido ninguna presión para abrir sus puertas a los excluidos”, argumenta. Estaba claro, por ejemplo, que la mujer que en 1894 posaba de pie junto a un grupo de jóvenes graduados en la Academia Naval de EE.UU. era otra cosa. Le bastó con leer el pie de foto para saber de qué se trataba: “Clase con su mascota”.

No siempre es tan sencillo. La cineasta echa mano del conocido como “principio de la Pitufina”

acuñado en 1991 por la feminista Katha Pollitt para explicar la existencia de buena parte de las imágenes. Existe el Pitufito Manitas, el Pitufito Bombero, el Pitufito Tontín... Y luego está Pitufina. “Ella era la única, con ella bastaba, representaba a todas las mujeres. Esta es la mística del tokenismo, que es capaz de convertir a la mitad de la humanidad en un solo individuo”, conviene.

Pero, obviamente, no es este el único rol que desempeñan las mu-

jes en una variedad de entornos dominados por los hombres. Están las primeras, las esposas o las hijas de, las cocineras, las cantantes, las modelos, las sirvientas o las dependientas... Más allá de las imágenes, o gracias a ellas, Humes rescata las historias de cien mujeres, desde Anna Searcy, la primera mujer en graduarse en la Facultad de Medicina de la Universidad de Misuri y que hasta hace relativamente poco el pie de foto la identificaba como “la secretaria de la

clase”, a la revolucionaria Ieshia Evans enfrentándose a la policía durante las protestas por el asesinato policial de Alton Sterling en Baton Rouge, Luisiana, en 2016.

Viajando por diferentes épocas y culturas, la autora documenta asimismo las peripecias de Florence North, que se hizo célebre como promotora de boxeo en el

“¿Qué hacían ahí? ¿Por qué estaban solas? ¿Qué significaba esto?”, se pregunta la autora de ‘Una sola mujer’

Nueva York de los años veinte, o las de Virginia Wright, conocida como Bobbie Bates, atracadora profesional que en la fotografía policial aparece entre los diez hombres de la banda, elegantemente vestida con un abrigo largo negro. Y aunque pudiera parecer una excepción, también son legión las artistas. La cabeza de Hedda Sterne sobresale por encima de la de sus colegas, Jackson Pollock, Mark Rothko y Willem de Kooning, protestando por las actitudes retrógradas del Metropolitan Museum. Ella explicaría más tarde: “Les molestó que yo saliera en la foto porque eran lo suficientemente machistas para pensar que la presencia de una mujer les restaría seriedad”. ●